

puesto que no fuese más de sólo uno; pero no por eso se sigue que apruebe las obras de los que, haciendo contra su ley é mandamientos, inexpiablemente le deservien.

Y cabe bien aquí lo que refieren las historias de aquel Alexandro Magno, que traía en el mundo el mismo oficio que los españoles han traído y traen por todas estas Indias, infestando, escandalizando, matando, robando, captivando, sujetando y usurpando los reinos ajenos y gentes que nada les debían. Este, siendo infiel idólatra, enemigo del linaje humano, infernalísimo, llegando á los montes Caspios, donde habían sido puestas y desterrados, llevados captivos, los diez tribus de Israel, por Teglabalasar y Salmanazar, reyes de los Asirios, del cual captiverio se trata en el capítulo 15 y 17 del IV de los Reyes, los cuales no podían salir de allí por edicto público, que se les puso por los mismos Reyes ya dichos, enviáronle á suplicar, como lo vieron que señoreaba el mundo, les diese licencia para salir y volverse á su tierra, que era Jerusalem y la de promisión; y como Alexandre preguntase la causa de su destierro, fuéle respondido, que porque apostataron, dejando á su Dios de Israel por adorar los becerros de oro, que les constituyó por dioses Jeroboan, y les ofrecieron sacrificio, y que por los profetas les estaba profetizado que nunca habían de salir, por aquel pecado, de captiverio. Entónces respondió Alexandre, que dignos eran de ser, más de lo que estaban, encerrados, y que él quería más estrechamente los encerrar. Mandó luego á su ejército que, con tierra y cal y otros materiales, hiciesen otras sierras ó montes para cerrar los montes Caspios, que debían tener alguna abertura ó entrada, para donde los diez tribus desterrados estaban; pero como viese Alexandre ser obra que sobrepujaba las fuerzas humanas, hizo oración á Dios de Israel, que él, con su poder, aquella obra perfeccionase. Luego se juntaron las dos sierras ó montes, por manera que ya no se puede aquel lugar andar, ni entrar ni salir nadie. Señal manifiesta, que no es la voluntad de Dios que aquellos diez tribus, ni alguna persona dellos, de allí salgan; saldrán cerca de la fin del mundo, y harán en los hombres grandes estragos. Todo esto dice el Maestro de las Historias escolásticas sobre Esther, cap. 5º, y el Vicentio en el "Speculo historial," libro V, cap. 43, y otros historiadores. El Burgense, en las adiciones al Nicolao de Lira, expone á la

larga el cap. 18 de Esaiás de aquellos diez tribus, conforme á lo que queda dicho. También refiere Josepho, en el fin del libro II, de las "Antigüedades," que yendo Alexandre contra Dario, y no habiendo camino por donde pasase su ejército, se le abrió la mar que llaman Pamphílica ó mar Pamphílico, por voluntad de Dios, porque determinó de destruir por manos de Alexandre el reino de los Persas. Esto es de Josepho. Así que, aplicando todo ésto á nuestro propósito, pues oyó Dios la oración de Alexandre, infiel y turbador sangriento del linaje humano, y por ella quiso hacer aquel señalado milagro, para cumplir su divina voluntad en lo que tenía determinado, sin merecimiento ni provecho suyo, pues se fué á los infiernos al cabo, no debió de presumir Anciso, ni los que con él estaban, que, porque orasen y Dios les diese victoria, que pareciese, y lo fuese, milagro, que de allí se siguiese que aquellas obras, y las semejantes que hacían, Dios las aprobase, siendo tan injustas y por su ley tan reprobadas; y por tanto, si penitencia en el artículo de la muerte no les valió, yo temo que se han visto en trabajo, y plega á Dios que no sea peor que el de Alexandre, porque más que los infieles y en mayor grado de gravedad pecan los cristianos, en cualquiera género de pecado. Lo mismo deben temer de sí todos los que por estas Indias en tales estaciones andan.

#### CAPITULO LXIV.

\* Fundacion de Santa María del Antigua.—Intrigas de Vasco Nuñez por que se negase la obediencia á Anciso.—Prohibe Anciso el rescate del oro.—Indignanse todos y le quitan el mando, eligiendo en seguida Alcaldes y Regidores.—Divídense en tres partidos.—Llega Rodrigo de Colmenares despues de haber padecido gran tormenta, así como los ataques de los indios en el pueblo de Santa Marta.—De la alegría que con su llegada recibieron los del Darien.—Acuérdase ir á buscar á Nicuesa y rogarle que viniese á gobernarlos.

En cumplimiento, pues, de su voto, acordó Anciso y todos de asentar luego allí una villa que se llamase Sancta María del Antigua del Darien, que era nombre propio del pueblo de los indios, ó del rio gran-

de quepor allí pasa ó pasaba, porque ya todo está por allí, como en lo demás, asolado; y para prueba de su sanctidad, por quien Dios hacia milagros, comenzó luego á crecer la grande ambicion, entre aquellos nuevos pobladores, que tenían en sus pechos, y que con sus compañeras los había llevado allá, y, segun se dijo, el principio de todas las disensiones fué Vasco Nuñez de Balboa. Como ya tenía, como se dijo, entre los otros autoridad, trabajaba de secreto con los que sentía tener amistad, que quitasen la obediencia á Anciso, diciendo no tener ya jurisdiccion, pues habían salido de los límites de la gobernacion de Hojeda, cuyo era en ellos Alcalde mayor; y no decían mal, si verdad era que aquella tierra salía de los dichos términos, como creo ser verdad, si lo demás fuera agua limpia, que no pretendiera él mandar. Pero, cierto, mejor dijera que ni Anciso con todos ellos, ni juntado con ellos Hojeda, tenía una punta de alfiler de jurisdiccion, pues estaban en reinos y tierras ajenas, donde había y señoreaban propios y naturales Reyes y señores, con justa é legítima y natural jurisdiccion, á la cual Hojeda y todos ellos eran subjectos, aunque les pesara, y eran obligados, so pena de incurrir en grandes pecados de inobediencia, de obedecer á los Caciques, señores y Reyes de aquellos reinos, y cumplir sus mandamientos, y vivir segun sus leyes mientras en la tierra estuvieran, en todo aquello que no fuera contrario á nuestra santa fé y cristiana religion. Y ésto verán los que quisieren leer nuestro libro, escripto en latin, cuyo título es: *De unico vocationis modo omnium ad veram religionem*, más claro que el sol.

Tornando al propósito, andando en estos secretos tractos unos con otros, mandó Anciso, presumiendo de Alcalde mayor, que ninguno fuese osado, so pena de muerte, rescatar con los indios oro alguno; Dios supo con que intento, al ménos todos creían ó murmuraban, que por haberlo él para sí todo. De ésto indignados todos, porque aquel daño tuvieron por comun, acuerdan de quitalle la obediencia y el mando, diciendo que no tenía poder ni jurisdiccion sobre ellos, por la causa dicha y otras razones que alegaron; Anciso privado é impedido del mando y gobierno, acuerdan entre todos elegir Alcaldes y Regidores, y cayó la suerte de Alcaldes, al Vasco Nuñez, y creo que á uno llamado fulano Zamudio, y por Regidor un Valdivia, y otros

de que no tuve noticia. No contentos con los Alcaldes y gobierno que habían elegido, ó descontentos de su manera de regir ó arrepentidos de haber dejado ó excluido al Anciso, no contentos ni asesegados sus corazones, como quien andaba fuera de la vida cristiana que debieran vivir, tornaron á tener contenciones sobre la gobernacion, alegando algunos que no convenia estar sin superior, uno sólo, que los gobernase, y así, algunas veces estaban para peligrosamente reñir. En estas sus porfias se dividieron todos en tres partes: la una decía que se restituyese á Anciso en su grado prístino, hasta que el Rey los proveyese de Gobernador, teniendo dello aviso; la otra, defendía otra opinion, diciendo que á Nicuesa se habían de subjectar, pues aquella tierra caía dentro de sus límites; la tercera, era de los amigos de Vasco Nuñez, que contendían que estaba bien así, ó que si había de ser único que aquel fuese nombrado y elegido; los cuales, con estas contiendas y opiniones, así divisos, llegó un Rodrigo de Colmenares, desta isla, que puso fin por algun tiempo á estas porfias. A este Colmenares, segun creo, dejó Nicuesa en esta isla para que fuese despues dél recogiendo los bastimentos, que dejaba haciendo en sus haciendas que en esta isla tenía, ó por ventura lo dejó para este fin en Castilla.

Este, partido de aquí con dos navíos de bastimentos y provisiones otras necearias, y 60 hombres que iban dedicados al mismo oficio, llegó con sus navíos, despues de haber padecido gran tormenta en el camino, al puerto de Sancta Marta, obra de 50 ó 60 leguas del de Cartagena, el cual los indios llamaban Gayra, la y letra luenga. Quisieron allí tomar agua, y como los indios vieron los navíos, y habían entendido las obras que los españoles habían hecho á los de Cartagena, sus vecinos, acordaron de hacellos alguna burla, porque descuidándose no les acaesciese rescibilla. Saltaron en las barcas de los navíos, ó en la una dellas, de los españoles 50, y llegados al rio, dijeron que salió el señor de aquella tierra con 20 de sus allegados, vestido de cierta manera con manta de algodón, como quiera que todos los indios anden por allí desnudos, y llegando cerca díjoles por señas, que no tomasen de allí agua, porque no era buena, señalándoles abajo (ó arriba), otro rio, al cual yendo los españoles, con la resaca y braveza de la mar no pudieron llegar y tornáronse al de don-

de habían venido; y estando embasando sus pipas ó vasijas, saltan de súbito, según les pareció, hasta 70 indios, y ántes que los españoles se revolviessen, los tenían á 47 dellos, con hierba, ponzoñosa, heridos. Tomáronles la una barca ó barcas y hácenlas pedazos luego; creo que de los heridos huyeron al navío, nadando, ó en la una barca, pero llegados á los navíos todos los heridos murieron, que no se escapó sino sólo uno vivo. Escondiéronse siete dellos en unas concavidades de cierto árbol grande hasta que anocheiese, para se ir después á las naos, ó nadando, ó que viniesen por ellos; pero como en aquella noche, por no rescibir más daño y por creer que aquellos serian muertos, se hicieron á la vela, no hubo más memoria dellos.

Partióse, pues, del puerto de Sancta Marta, Colmenares, con la pérdida dicha de los españoles, y con extrema tristeza, para el golfo de Urabá derecho, por tomar de allí alguna nueva donde hobiese parado Diego de Nicuesa, el cual, no viendo ni oyendo persona ninguna en la parte de Oriente del golfo, donde creía que podían estar Hojeda ó los suyos, quedó espantado, si eran todos muertos ó á otra parte idos, no sabiendo qué fuese dellos. Acordó de tirar muchos tiros de artillería, por que si por allí estaban lo oyesen, y hacer muchas hogueras ó ahumadas de noche y de día sobre unas altas peñas. Atruénase todo el golfo de una parte á otra, que tiene de ancho seis leguas; oyéronlo con espanto los del pueblo de Sancta María del Antigua, y las ahumadas también vieron; responden con otras tales muchas veces, por manera que atinó Colmenares, que cristianos debieran estar á la parte del golfo de la mano derecha ó del Occidente; finalmente, hubo de llegar á ellos, enasi mediado Noviembre, año de 1510. Fue inestimable la alegría y gozo que con su venida todos rescibieron, con todos los trabajos y muertes y adversidades que cada uno dellos habían padecido. Preguntando por Nicuesa ninguna nueva le dieron; todo el gozo de los unos y de los otros, de tristeza y dolor tenía harta mezcla. Repartió de los bastimentos que traía con todos aquellos, por manera que contándose los unos á los otros sus duelos, con el pan y comida que de nuevo á los que estaban venia, les fueron tolerables y buenos. Con esta liberalidad, que Colmenares de los bastimentos con ellos hizo, ganó las voluntades de los más que resistían que no se llamase para

los gobernar Nicuesa, y así ganada la opinión contraria, ó la mayor parte, acordóse que fuese á buscar á Nicuesa, y hallado lo convidasen y rogasen tuviese por bien de venir á gobernarlos, porque ellos se le querían subjectar. Enviaron para ello con Colmenares á uno llamado Diego Albitez, y al bachiller Corral, y el cargo principal dieron á Colmenares.

#### CAPITULO LXV.

\* De lo que había sucedido á Diego de Nicuesa.—

De cómo se separó Lope de Olano extendiendo la voz que Nicuesa se había perdido y ahogado.

Entrase Olano por el rio de Veragua, y de las hambres y angustias que allí padeció.—Terribles extremos á que se vieron reducidos Nicuesa y los suyos, durante tres meses que permanecieron en una isla destituida de todo recurso.

Dejemos partidos á los mensajeros ó procuradores que van á buscar y á llamar á Diego de Nicuesa, sin saber dónde estaba ó qué había sido del, y contémoslo aquí hasta el punto que Colmenares y los mensajeros le hallaron, y será referir una tragedia de las más infelices y desastradas que acaescieron después en estas partes. Metióse, pues, Diego de Nicuesa en una carabela, y mandó que con él junto fuesen siempre los dos bergantines, en uno de los cuales mandó que fuese por capitán Lope de Olano, que era su Capitán general en toda la armada, y las naos grandes ordenó que fuesen más metidas en la mar, por miedo de los bajos, y él se iría más llegado á tierra, todos en demanda de Veragua, hizo se á la vela del puerto de Cartagena, desde á poco que salió de él Alonso de Hojeda, con el intento y orden que se ha contado. Comenzó luego la mar y vientos á serle contrarios, porque se levantó gran tormenta, y llegando sobre la costa ó ribera de Veragua, una noche, por huir de los peligros que padescen los navíos, andando de noche cerca de tierra, y el remedio general es hacerse á la mar, tomó para sí también Nicuesa, y en anocheciendo apartóse de la tierra con su carabela, estimando, como se debía estimar, que los seguía, con los dos bergantines, Lope de Olano; pero no lo hizo así, ántes, cerca de una isleta, estuvo aquella noche

(como dicen los marineros), al reparo. Aquello dijeron que hizo por miedo de la tormenta, y algunos, y el mismo Nicuesa, tuvieron sospecha, que por alzarse con el armada y gobernación lo hizo Lope de Olano; alguna presunción se pudo tener de esto contra él, porque fué uno de los que anduvieron en esta isla, con Francisco Roldán, contra el Almirante, alzados, de los cuales arriba, en el libro I, escribimos largo, é yo sé que fué dellos uno Lope de Olano.

Así que como amaneció y no pareció la carabela donde iba Nicuesa, no curó de ir á buscarlo, ántes se arrimó á buscar las naos, las cuales halló en un rio que llaman el rio de los Lagartos, y así se nombra hoy en las cartas de marear, y hoy se llama comúnmente rio de Chagre, está, de lo que llamamos hoy el puerto y ciudad del Nombre de Dios, 20 leguas largas. Llegado allí, halló las naos cuasi descargadas de todos los bastimentos y hacienda que tenían, porque de la bruma estaban todas comidas que se anegaban; allí echó fama Lope de Olano que Nicuesa era perdido y ahogado, y que por gran ventura él se había escapado, y como fuese Capitán general de Nicuesa, ó porque todos lo eligieron de nuevo, ellos le obedecían y él los mandaba; y dijeron algunos, que, de industria, dejó las naos en cierta punta del rio de Belem, donde las hizo pasar con la gente para buscar allí asiento para poblar, que dista cuatro ó cinco leguas del de Veragua, porque se perdiesen, como andaban hambrientos y atribulados, perdiesen el ánima. Y porque las naos quedaban en dicha punta, que no podían entrar en el rio por ser baja la entrada, él embarcado en una barca de gente bien esquivada (quiere decir llena y bien aparejada), en la entrada del rio, con la resaca y braveza de la mar, se lejanegó la barca y se le ahogaron 14 hombres, salvándose él por gran maravilla, con otros que supieron bien nadar; estuvo en tierra con los demas, sin comer cuatro dias, porque por la tormenta no pudieron sacar bastimento ninguno de las naos del rio de Belem, que está, como dije, cuatro leguas de Veragua, al Oriente.

Metido en los bergantines, y una barca, con la gente que pudo caber en ellos, entró por el rio de Veragua, en el cual mandó que hiciesen catas para saber si había oro, y hallando mucha muestra dello, negábanlo diciendo que no había oro ni co-

mida, sino que era tierra desesperada; esto hacían y decían porque andaban todos ya muy angustiados; y porque no pensase de perseverar en aquella tierra Lope de Olano, y buscar remedio para se pasar á esta isla, por escapar de donde temían perecer de trabajos y hambre. Los que quedaron en el rio de Belem, como comían por tasa, y por no tener convenientes moradas, porque estaban en chozas, que la humedad de la mar, y por las muchas aguas que llovía, y de llagas que se les hacían de los muchos mosquitos que había, y más de verse atajados y sin esperanza de salir de allí, atribulados moríanse muchos, notaron, en estas angustias estando, que nunca moría alguno, sino cuando la mar menguaba; y como los enterraban en el arena, experimentaron que en ocho dias eran comidos los cuerpos como si hobiera cincuenta años que los hobieran enterrado, lo cual tomaban por mala señal, entendiendo que aun el arena se daba prisa á acabarlos. Añidióseles otro no chico trabajo, que una noche hizo tanta tormenta en la mar, que les comió el arenal donde tenían hechas sus chozas, por donde tuvieron necesidad de hacerlas más dentro, que les fué desconsuelo doblado. Volvió Lope de Olano de Veragua al rio de Belem, donde la otra gente de que agora hablamos estaba, y comenzó á mandar que se hiciese una carabela de las tablas de las naos que la mar había hecho pedazos; la fama ó título que se publicó era, que la carabela quería hacer para que se pasasen á esta isla, pero también se dijo que era para se aprovechar della por allí, é no para salir de aquella tierra, donde pensaba quizá ser rico. Comenzada la carabela, y andando en la obra della adelante, acabáronseles los mantenimientos, y fué tanta la hambre que padecieron que no puede ser creída; acabando de parir una yegua, que allí tenían, como lobos hambrientos arremetieron á comer las parias que echó con el hijo, y se las comieron.

Entre estas angustias que Lope de Olano y la gente que con él andaba padecía, no faltaban desventuras misérrimas y terribles tormentos al infelice Nicuesa, el cual, como amaneciese, pasada la noche de la tormenta, y no viese á los bergantines que traía Lope de Olano á par de sí, como creía que tras él venían, fué grande su tristeza temiendo no fuesen perdidos. Volvió luego con su carabela sobre la costa, y visto un rio, metióse por él hallando abun-

dante fondo, porque venia, de las grandes lluvias que hacia en las sierras, muy avenida, el cual, en muy breves horas menguó tanto, sin casi sentirlo, que la carabela tocó en el arena, y no teniendo sostenido de lado consigo. Viendo un marinero que la carabela se abría, saltó de presto en el agua con un cabo, que llamamos los hombres de tierra sogá, para la atar en algún árbol en tierra; pero fue tan vehementemente la corriente que el río traía, que, no teniendo fuerzas para nadar o vencerla, lo llevó y sacó á la mar, donde no pudo ser de ninguno socorrido. Saltó luego otro, no curando de la muerte del pasado, con aquella ó otra sogá, y vencida la corriente, salió á tierra y á un árbol atóla, y por ella salió Nicuesa y los demas como por puente, aunque no tan enjutos ni tan alegres como si fueran por la de Alcántara, ni aun como por la de Sevilla. Perdióse allí con la carabela cuanto bastimento y cosas traían, y así quedaron sin comer y sin vestidos, mojados, angustiados y mas que tristes. Acuerda Nicuesa tomar por remedio, sólo uno que habia, que fue caminar por sus pies al Occidente, buscando á aquella negra de Veragua que tanto caro, aun hasta entonces, costado le habia; y plugiera á Dios que allí sus trabajos se le fueran concluidos. Tomada la barca de la carabela, mandó ir cuatro marineros en ella por la mar, con inmenso peligro, para pasar los esteros y rios que no pudiesen pasar á pie, y comiendo hierbas y marisco que tomaban de la ribera, y muchos descalzos y casi todos desnudos, andan los tristes y atribulados su camino, pasando cienagas muy lodosas, y anegadizos, y muchos rios y arroyos, y muchas veces sin camino, y lo que mayor dolor les causaba no saber donde Veragua era, y si bien ó mal iban.

Una mañana, cuando de donde habian dormido se querian partir, llevando un paje de Nicuesa un sombrero blanco en la cabeza, algunos indios, que debian espiallos, creyendo que el que llevaba el sombrero blanco debia ser principal, ó Capitan entre ellos, desde el monte le tiraron una vara, y diéronle en tal lugar, que fue luego muerto con ella, causóles este desastre, mayormente á Nicuesa, mucha angustia, sobre las que llevaban y tenian. Llegaron un día de su peregrinacion á la punta ó cabo de una ensenada, ó abra grande, que hacia la mar, y por ahorrar camino acordaron de pasar en la barca, su poco á poco á la otra punta. Ellos pasados, hallaron que aque-

llas puntas, ó la una, eran de una isleta des poblada de todo consuelo y remedio, que ni aun agua no tenian; viéndose así aislados, sobreviñoles gran desmayo, y casi estuvieron puestos en total desesperacion de remedio. Los cuatro marineros que iban en la barca, viendo que siendo isla quedaban del todo perdidos, acordaron una noche, sin decir á Nicuesa nada, volver atrás, creyendo más al Poniente, por buena razon estarian. Ida la barca, y constando al triste Nicuesa con su desdichada compañía, cada uno puede considerar cuál y cuánto seria el dolor, la tristeza, camiento de espíritu, amargura y perdimiento de toda esperanza, sobre tantos males y angustias que habian padecido, que se les acrecentaria. Dijose que andaban, como personas sin juicio, á un cabo y á otro, dando alaridos, pidiendo á Dios misericordia, que se doliese de sus desventuradas vidas, y tambien de sus ánimas. Comian hierbas sin cognoscer si eran malas ó buenas, comian marisco que hallaban por la ribera de la mar; y el mayor tormento fue faltalles el agua, que en toda la isla no hallaron, si no fue un charco de cienaga, lodoso y de agua salobre. Probaron muchas veces á hacer una balsa de palos ó ramas de árboles para salir de aquella isla á tierra firme, pero no les aprovechó nada, porque como no tenían fuerza para nadar, los que nadar sabian, ni remos para la balsa, sacábala la corriente grande á la mar, y así tornábanse. Estuvieron en aquella isla, muchos dias, y segun entendí, más de tres meses, muriéndose dellos cada dia, de pura hambre y sed, y de las hierbas que comian y del agua salobre, y los que quedaban vivos andaban ya á gatas, pasiendo las hierbas y comiendo crudo el marisco, porque no tenían vigor para poder andar enhiestos. Bien puede juzgar cada uno, de los que esta Historia leyeren, que lo que Nicuesa, para mayor dolor suyo vivia, segun lo que padeció con los que con él en aquella carabela vinieron, fue una de la más triste, dolorosa y amarga vida, por ser tan larga, que hombres vivieron

## CAPITULO LXVI.

\* Llega una barca con cuatro marineros de los de Nicuesa á donde estaba Lope de Olano y la demas gente. — Despacha Olano un bergantin á recoger á Nicuesa y los que con él habian quedado. — De cómo Nicuesa mandó prender á Olano á título de traidor por no haberlo buscado y socorrido durante tanto tiempo. — Juntanse todos á pedir á Nicuesa que no justificase á Olano. — Muévase Nicuesa y determina mandar á Olano preso y desterrado á España en el primer navío. — Resuélvase Nicuesa á dejar aquella tierra y buscar otro asiento hacia el Oriente donde poblase. — Quérlanse algunos á quienes Nicuesa nombra por capitan á Alonso Nuñez. — Llega Nicuesa al puerto de Nombre de Dios en donde determina hacer una fortaleza. — Mandá recoger á los que habian quedado en Belem. — De lo mucho que tuvieron que padecer unos y otros habiendo perecido en su mayor parte.

Llegó la barca con los cuatro marineros, después de muchos trabajos y peligros, donde Lope de Olano estaba y la demas gente, y diéronle cuenta, como, por volver Nicuesa en su carabela á buscarlo, se habia perdido, y por extenso refirieronle los traues, hambres y miserias que habian padecido, y en el estado que quedaba en la isla, y que ellos, sin le dar parte, se habian venido á buscar las naos para le poder llevar remedio, porque si se lo dijieran entendian que no les diera licencia, y así perecian más á una. No hicieron buen sabor á Lope de Olano las nuevas que habia oido, temiendo la ira de Nicuesa, por se hallar reo del desastre acaecido; pero haciendo lo que en sí era, despachó luego el un bergantin, y dentro los cuatro que habian en la barca venido, con algunos palmitos, y de la miseria, que los que allí estaban con él tenían y comian. Ya que estaban todos los que vivos quedaban en la isleta en el extremo para morirse, vieron venir el bergantin con su refresco de palmitos, con cuya vista comenzaron como á resucitar de muerte á vida, y á tener esperanza de no morir. Rogaban á Dios, cada uno segun podia, que llegase á ellos el bergantin, é que no se le siguiese algún impedimento, que desviase su vía; finalmente, plugo á nuestro Señor consolallos con su llegada y vista. Bien se puede aquí juzgar, no tener comparacion el gozo que los unos con los otros hobieron, aunque harto mezclado de lágrimas y de tristeza, en verse así, los

unos y los otros, cercados de tantas miserias, y tan disminuidos de las calamidades, en todas partes por todos, padecidas, y las que tenían estarles por venir. Sacados los palmitos, comenzaron á dar en ellos y del agua dulce que trujo el bergantin con la comida y bebida, de lo cual no tuvieron chico peligro sobre los pasados; Nicuesa proveyo que en ello tuviesen moderacion y tasa, puesto que no era el que menos de comida y de bebida tenia necesidad.

Embarcáronse todos en el bergantin, al cual no faltaron bravezas de la mar y peligros grandes, antes que al río de Belem donde Lope de Olano y los demas estaban, llegase. Ya Lope de Olano, temiendo la ira de Nicuesa, tenia rogado á todos los que con él estaban, intercediesen por él, y á Nicuesa aplacasen. Llegado Nicuesa mandó prender á Lope de Olano, á título y como á traidor, que lo habia dejado en los peligros tan graves de la mar y de tierra que habia pasado, sin lo ir á buscar y socorrer en tanto tiempo, como era obligado, por se alzar con la gobernacion, de donde habian suscedido tan grandes daños, atribuyéndole las muertes de tantos como habian muerto en ambas á dos partes, porque desde el principio, si presente Nicuesa estuviera, diera otra orden como se remediaran. Increpó con gran enojo, ásperamente, á los principales, que con el Olano habian vivos quedado, imputándoles parte de aquella maldad, porque no lo indujeron y forzaron á que fuese á buscarlo. Aquellos se excusaron diciendo, que no pudieron ni osaron más de obedecelle, pues él lo habia constituido por su Capitan general, y por que temieron que luego mandara justiciarlo, juntáronse todos suplicándole que, pues Dios le habia hecho merced, y á todos ellos, en traerle vivo, y de tantos peligros haberlo librado, les hiciese merced de perdónallo, en lo cual cada uno de todos ellos la rescibian por suya, y para su servicio lo ternia con mayor vínculo de obligacion aparejados. No bastó esto por entonces para blandeallo, sino que le habia de dar de su traición, segun merecia, el pago. Hablanle todos, echándose á sus pies, con razones más lastimeras, y que el corazón le penetraron: "Deberia bastar, señor, las desventuras que todos habemos pasado, viéndolo con vos este viaje, en el cual los 400 de nosotros ya son acabados, y los que restamos vamos camino de acabarnos; para que Dios á vos y á nos, en la vida poca que nos queda, no nos desampare, bien será que

vuestra merced perdone, de lo que se le debe, algo, pues el deudor ya no tiene otra cosa, sino tan poca vida como nosotros, con que pagarle. Porque si las hambres y tanta frecuencia de calamidades nos desminuyen y apocan por una parte, y la justicia rigurosa por otra nos mata, ¿quién, señor, esperais que os sirva y acompañe? No hay duda ninguna, sino que vuestra suerte no será bienaventurada, ni carecereis de mayores trabajos." Movieron á Nicuesa todas estas lágrimas, y dejó de justiciar á Lope de Olano, determinando de, en el primer navío, desterrallo y enviallo preso á España.

Y porque ni á Nicuesa, ni á ninguna parte de su compañía, cuando se dividian, ninguna especie de tribulacion y adversidad les faltaba, y ninguna de las que les ocurrían les menguaba, sino que siempre les crecían y se les iban acrecentando, viéndose así caer Nicuesa más y más cada día, y cada hora, en peor estado, hízose de aquí adelante muy impaciente, mal acondicionado é inconvencible; y así trataba muy mal y con aspereza á los pocos que ya le quedaban, no considerando que las hambres, ni angustias que padecían, y verse cada día morir unos á otros, por tormento continuo les bastaba y sobraba. Enviábalos, á chicos y á grandes, enfermos y sanos, á la tierra dentro por ciénagas y aguas, por montes y valles, á saltar los pueblos de los indios y sus labranzas, para traer á cuestras las cargas de la comida que hallaban, donde hacían y padecían intolerables males. Creían que de industria les trataba mal, por vengarse dellos, por haberlo dejado de ir á buscar, pero esto no lo creo, por estar él asimismo en la misma extrema necesidad. Ya no hallaban en toda la tierra que robar; los indios todos, puestos en armas viéndose dellos así inquietar, hacían también contra ellos sus saltos, para si pudiesen acabarlos. Morían cada día, de hambre y de enfermedades, y á tanta estrechura ó penuria vinieron, que 30 españoles que fueron á hacer los mismos saltos, padeciendo rabiosa hambre y hallando un indio, que ellos ó otros debían haber muerto, estando ya hediendo, se lo comieron todo, y de aquella corrupcion quedaron todos tan inficionados que ninguno escapó.

Vistos y padecidos, y padeciendo también tanta miseria y trabajos, determinó Nicuesa dejar aquel asiento y tierra, como desafortunada, y mandó que cada uno aparejase su carguilla de alhajas, si algo tenía,

porque quería ir á buscar otro asiento hácia el Oriente, donde poblase. Rogaronle todos, que, porque cada uno tenía sembrado su poquillo de maíz, y otras hierbas para remediarse, y desde á pocos días se había de madurar, que hasta que lo cogiesen la partida dilatasen; no quiso aceptarlo. Mandó embarcar los que le pareció, en la carabela que había hecho Lope de Olano y en los dos bergantines, y dejólos allí, señalándoles por Capitan un Alonso Nuñez, que ya, por Alcalde mayor suyo, había nombrado; embarcado Nicuesa, con sus velas manda que guien hácia el Levante, y que vayan mirando por la ribera donde parezca algun puerto y buena disposicion de tierra, y andadas cuatro leguas, dijo un marinero á Nicuesa que se quería acordar de un puerto que cerca de allí estaba, el cual vido cuando los años pasados, con el Almirante primero que estas Indias descubrió, vino, y se halló en el descubrimiento de aquella provincia, y de la de Veragua, descubriendo por la costa de aquella tierra firme, y la señal desto, que daba, era que allí en la arena hallarian una ancla medio enterrada, que dejó el Almirante perdida, y cerca de allí, debajo de un árbol, una fuente de agua dulce muy fresca. Fueron allá, y hallaron el ancla y la fuente; y este puerto era al que nombró el Almirante viejo, puerto Bello, como en el cap. 22 dicho queda. Fué loado el marinero de hombre de buena memoria é ingenio, llamábase Gregorio Ginovés. Aquí en este puerto Bello, salieron á tierra ciertos españoles á buscar de comer, porque venían flaquísimos de hambrientos, que no se podían tener sobre las piernas, y en él, y en otras partes que atrás en tierra saltaron, por el mismo fin, los indios les resistían y peleaban con ellos, y mataron en aquel camino, de los españoles, 20; porque, no pudiéndose tener de flaqueza ni tener las armas en la mano cómo podían pelear, aunque sus enemigos fueran las grullas que pelean con los pigmeos.

De este puerto Bello se pasó adelante, al Levante, seis ó siete leguas, á otro puerto, cuyos moradores se llamaban chuchureyes; y porque le pareció que había en aquel lugar disposicion para hacer una fortaleza, determinó de poblar, y dijo: "Paremos aquí en el nombre de Dios," y desde allí le quedó el nombre, hasta hoy, el puerto y ciudad del Nombre de Dios, que asaz es bien celebrado su nombre hoy, no tanto por la devocion, quanto por la extraña y

nunca vista ni oída, ni á un soñada cantidad de oro que se ha embarcado para España, venida del Perú; y este puerto fué al que puso el Almirante primero, puerto de Bastimentos, como arriba, en el cap. 23, se declaró. Allí el mismo Nicuesa, con su misma espada, hizo actos de tomar posesion por los reyes de Castilla; comenzó á hacer una fortalecilla para resistir á los primeros ímpetus que los indios diesen, para la obra de la cual no perdonó á chico ni á grande, ni á enfermo, flaco, ni hambriento, como, en fin, lo eran. Hacíales ir á puerto Bello por bastimentos y traellos á cuestras, blasfemaban dél y aborrecíanlo, teníanlo por enemigo cruel, ni en obras ni en palabras suyas no hallaban una palabra de consuelo; ibanle á pedir de comer, que morían de hambre, ó á suplicalle que no los hiciese trabajar, porque no podían de descaecidos; respondiales: "andá, ios al moridero." Moríanse cada día de hambre en los trabajos, cayéndose de su estado, que era verlos una intolerable miseria; despues que salió de Belem, dellos en el camino, dellos de los que dejó en el mismo Belem, dellos haciendo la fortaleza en el Nombre de Dios, se le murieron 200 hombres, y así se le consumieron poco á poco los 785 hombres que sacó desta isla Española, de todos los cuales no le quedaron arriba de 100 cuando hizo esta fortaleza. Y esto era fin del año de 1510, por el mes de Diciembre.

La gente que dejó en Belem no andaba en añazcas ni en fiestas, sino, en cinco meses que allí estuvieron, por no poder enviar por ellos á causa de los vientos vendabales, que prohibían que no fuesen los bergantines, vinieron á tanta hambre y penuria, que ni sapos, ni ranas, ni lagartos, ni otras cosas vivas, por sucias que fuesen, no dejaban de comellas. Cayó uno de ellos en un grande aviso, que fué rallar los palmitos, como si fuera yuca, y hacer harina dellos, y despues, echando en un horno, hacíalo tortas, de la manera propia como se hace el pan cazabí en esta isla; desde que vieron hecha una torta, todos los demas corrieron á ella, y como si viniera del cielo, así la recibieron. Fuéles á todos aquella invenciou singularísimo remedio, para que todos no muriesen; al cabo, envió por ellos la carabela, Nicuesa, y así vinieron al Nombre de Dios. Venidos, envió á un Gonzalo de Badajoz, con 20 hombres, á las poblaciones de los indios á saltar y captivar los que pudiese, para enviar á esta isla por

esclavos, porque con este sacrificio le ayudase Dios, en lo porvenir, como le había ayudado y ayudaba en lo presente. Acordó de enviar y envió á un dendo suyo, en la carabela, para esta isla, que le llevase los mil tocinos que dejó haciendo en la villa ó puerto de Yaquimo, y otros bastimentos, pero nunca gozó dellos, y se perdieron, porque, segun se dijo, el Almirante Don Diego impidió que no se los llevasen; y puesto que se los llevarán no le hallaran vivo; y áun no supe si llegó acá la carabela. Envió al dicho Badajoz, con 50 hombres á robar bastimentos por las comarcas de aquella tierra, donde había hartos escándalos, y mataba y le mataban gente. Comidas todas las labranzas de toda aquella tierra, y los indios corridos por los montes, huyendo y juntándose para defenderse, y siempre aparejándose para guerra, ni sembraban ni cogían, y así los unos ni los otros no tenían remedio; pero porque los indios se contentaban con poco, y tienen y hallan fácilmente, de sus hambres, cuando andan sueltos, remedio, y nosotros no, así nos contentamos, ni pasar como ellos podemos, llegó Nicuesa, y los pocos que con él estaban, á necesidad de hambre, y enfermedades tan extrema, que no se hallaba uno que velase de noche, que llaman centinela los hombres de guerra. Desta manera cada día se le morían y consumían los pocos que ya eran.

#### CAPITULO LXVII.

\* Colmenares y los mensajeros llegan á Nombre de Dios, y manifiestan á Nicuesa de cómo los del Darien le enviaban á suplicar que fuese á gobernarlos.—Imprudencia de Nicuesa, quien públicamente dijo que había de castigar y quitar á los del Darien el oro que habían recogido sin su licencia.—Habla Lope de Olano con los que vinieron del Darien, indisponiéndolos con Nicuesa.—Adelántase una carabela con el bachiller Corral y Diego Albitoz, los cuales avisan á los del Darien de la mala disposicion en que venía Nicuesa.—Embárcase éste y despacha de unas isletas á Juan de Cayzedo á anunciar su llegada al Darien.—De cómo Cayzedo desempeñó su comision.—Alborótanse los del Darien.—Llama Vasco Nuñez á los principales, uno á uno, persuadiéndoles á que no recibieran á Nicuesa, y en seguida llama en secreto á un escribano, ante el que hizo protesta de que no tenía parte ninguna en lo que contra Nicuesa se hacía.

Estando Nicuesa y su poca gente, que

de tantas miserias y hambres y calamidades le había quedado, en el extremo y angustia que habemos contado, llegaron los mensajeros, con Colmenares, de los del Darien, con quien lo enviaban á llamar para que los gobernase; y porque como ya se dijo, venian á buscarlo sin saber donde estaba, pasábase con su nao de luengo de costa, y del puerto de Nombre de Dios, si no fuera por un bergantín que Nicuesa había enviado á las isletas que allí junto estaban por bastimento, que también se llamaban islas del Bastimento, por ser fértiles y tener muchas labranzas. Los que estaban en el bergantín vieron venir la nao, que no poco consuelo y alegría, de verla tomaron; fueron luego á ella, donde los unos á los otros de su propio estado y propósito informaron. Fuéronse luego al puerto del Nombre de Dios, donde Colmenares y los que con él venian, de ver á Nicuesa y á 60 personas (que ya no le quedaban más de 700 y tan os que trujo) que haciendo la fortaleza con él estaban, tan flacos, tan descaecidos, rotos y casi desnudos y descalzos, y en toda miseria y tristeza puestos, quedaron espantados. No faltaron lágrimas, llantos grandes y espesos, de ambas á dos partes, mayormente oídas las hambres, las muertes y tan infelices desastres; Colmenares, con gran compasión, cuanto podía, con palabras dulces y amorosas, dándoles esperanza de que Dios los remediará, en cuanto le era posible á Nicuesa consolaba, mayormente diciéndole como los del Darien le enviaban á suplicar que fuese á gobernarlos, donde había buena tierra y tenían de comer, y oro no faltaba, y allí descansaría mucho de los muchos y grandes trabajos pasados.

Con esto, Nicuesa tomó algún resuello y descanso, y con los mantenimientos que le traía y trujo, desterró de su pobre casa la hambre, dando increíbles gracias, por tanto consuelo y socorro tan tempestivo, á Colmenares; y dijeron que aquel día, guisada una gallina de las que Colmenares trujo, por el alegría la cortó en el aire, porque, como arriba se tocó, era Nicuesa muy gran trinchante, oficio y gracia en casa de los grandes señores. Los tiempos pasados, no poco estimada. Pero como la prudencia de los hombres, cuando Dios no la infunde, ser prudentes quanto hombres muchas veces les aprovecha poco, y otras muchas les daña, á Diego de Nicuesa, á quien cognoscí yo, que en esta isla, de prudente fué muy estimado, y era en ella uno de los más princi-

pales, hobo, al mejor tiempo, de faltalle. ¿Quién pudiera pensar, de los que á Nicuesa cognoscieron, que estando en tan desventurado estado, donde cada hora morir infelicisimamente, no como quiera, sino en amarguras grandes, y de angustias dolorosísimas cercado, esperaba, enviándolo á llamar para subjectársele los que pudieran bien dejarlo, sacándolo de todos aquellos males, que acabadas las lágrimas y llantos que tuvo con Colmenares, luego públicamente dijese que los había de tomar el oro que habían en aquella tierra, sin su licencia y beneplácito, habido, y sobre todo ello castigallos? ¿Qué mayor imprudencia pudo hallarse, y qué yerro, en tal tiempo, á éste puede ser comparado? E ya que los otros fueran dignos, como eran, de ser despojados del oro que habían robado y por ello castigados (no por la injuria que hicieron en ello á Nicuesa, pues él también robaba, y por esto castigallos él muy poco miraba, como ciego como los otros, sino por roballo á sus dueños, y las muertes y escándalos que en la tierra y gentes della causaban, por los cuales también Dios á él castigaba), al ménos, hasta que fuera rescibido, disimulara.

Pero como Nuestro Señor tenía determinado de lo castigar con su total fenecimiento, por la matanza que hizo en Cartagena, y por las que tenía en la intención de hacer por aquella su gobernación de Veragua, y aún por los sudores que llevó á los indios desta isla, y las vidas de los que por sacarle oro murieron, y por los saltos que hizo en la isla de Sancta Cruz, captivando injustamente los indios que allí tomó y vendió en esta ó en la de Sant Juan por esclavos, por eso, para cumplirse la voluntad y sentencia de Dios en él, no habían de faltar ocasiones ni achaques. Hizo también otro yerro grande, y éste fué dejar ir una carabela, y los que en ella fueron, delante, diciendo que él quería ir á visitar ciertas isletas, que por aquella mar, en el camino, estaban. Dijo que aquella noche Lope de Olano, que Nicuesa traía siempre preso, habló con algunos de los que vinieron del Darien, indignándolos, y que dijo al tiempo del embarcar públicamente: "¿Piensa que le han de rescibir los de Hojeda como nosotros le rescibimos, cuando venia perdido en Veragua?" Embarcose, pues, en el Nombre de Dios en un bergantín, enviando la carabela delante, donde iba el bachiller Corral y Diego Albitez, y otros, que avisaron de lo que había dicho

de tomarles el oro y castigarlos, y de como era cruel y riguroso, y tractaba, los que consigo traía y estaban, mal, y otras cosas; cuantas pudieron para mudarles los ánimos; y llegado á las isletas, envió delante al Veedor del Rey, llamado Juan de Cayzedo, ó Quizedo, en una barca, que de secreto era su enemigo por ciertas cosas de su honra, en que de Nicuesa se tenía por muy agraviado, para que dijese á los del Darien como ya iba, como si le hobieran de salir á rescibir con areos triunfales. El Veedor Quizedo no vió la hora de verse fuera de su poder, lo que muchos dias había que deseaba, y, llegado al Darien, impropera mucho á todos los que pretendían que Nicuesa los gobernase, diciendo, ¿que cómo habían osado incurrir en tan grande error como era, siendo libres, querer se someter á la gobernación de Nicuesa, que era un tirano, el cual era el peor hombre del mundo y más cruel, y que peor trata los que consigo trae, á los cuales toma todo lo que en la guerra contra los indios se toma, diciendo que todos los despojos son suyos, como traía propósito de hacer con ellos, como verían, y por ello castigallos, porque todo lo habían tomado en aquella tierra que era de su gobernación? y otras palabras y razones terribles que los asombraban. Pues como los del Darien oyen tan duras nuevas, por tantos testigos relatadas, temiendo ser maltratados, y amigos de libertad y de no tener sobre sí yugo y superioridad, que para su robar y adquirir oro, les fuese á la mano, poca persuasión era menester para moyellos y alborotallos. Convertíanse contra sí mismos, de sí mismos quejándose, porque tan inconsideradamente determinaron llamarlo. Quien más en no rescibirlo á todos solicitaba fué Vasco Nuñez, porque más que otro creía que, aceptándolo, aventuraba. Dijo que llamó á todos los principales uno á uno, sin que el uno supiese del otro, y los persuadió á que, pues habían errado en llamalle, que lo remediasen con no recibillo; llamó al escribano secretamente la misma noche, é hizo una protestación, y pidió testimonio como él no era en lo que contra Nicuesa se hacía, ántes, estaba presto y aparejado para obedecelle y hacer lo que le mandase, como Gobernador del Rey.

Después de esto, como ya se dijo, llegó el bergantín con el oro que Nicuesa había robado, y el Veedor Quizedo, que era su enemigo, como ya se dijo, le recibió con areos triunfales, y le llevó á la gobernación de Nicuesa, que era un tirano, el cual era el peor hombre del mundo y más cruel, y que peor trata los que consigo trae, á los cuales toma todo lo que en la guerra contra los indios se toma, diciendo que todos los despojos son suyos, como traía propósito de hacer con ellos, como verían, y por ello castigallos, porque todo lo habían tomado en aquella tierra que era de su gobernación? y otras palabras y razones terribles que los asombraban. Pues como los del Darien oyen tan duras nuevas, por tantos testigos relatadas, temiendo ser maltratados, y amigos de libertad y de no tener sobre sí yugo y superioridad, que para su robar y adquirir oro, les fuese á la mano, poca persuasión era menester para moyellos y alborotallos. Convertíanse contra sí mismos, de sí mismos quejándose, porque tan inconsideradamente determinaron llamarlo. Quien más en no rescibirlo á todos solicitaba fué Vasco Nuñez, porque más que otro creía que, aceptándolo, aventuraba. Dijo que llamó á todos los principales uno á uno, sin que el uno supiese del otro, y los persuadió á que, pues habían errado en llamalle, que lo remediasen con no recibillo; llamó al escribano secretamente la misma noche, é hizo una protestación, y pidió testimonio como él no era en lo que contra Nicuesa se hacía, ántes, estaba presto y aparejado para obedecelle y hacer lo que le mandase, como Gobernador del Rey.

CAPITULO LXVIII.  
Llega Nicuesa al Darien en donde encuentra á los españoles en armas requiriéndole que se tornase á su gobernación.—Llámanle al día siguiente y luego que desembarca tratan de prenderlo, pero Nicuesa se escapa corriendo.—Vasco Nuñez, cambiando de parecer, trabaja en vano por que se reciba á Nicuesa.—Enviale á decir que se recoja en sus bergantines y que no volviere á salir mientras no le viese.—Elegan del pueblo á decirle finalmente que habían determinado de recibirle por Gobernador.—Enganado Nicuesa sale de sus bergantines é inmediatamente le prenden.—Hácenle jurar que se partirá luego y no parará hasta presentarse en la corte ante el Rey.—Métense preso en el peor bergantín, sin que se volviere á saber de él ni de los pocos que le acompañaron.—Conclusion del libro segundo.

Detúvose Nicuesa por aquellas isletas ocho dias, captivando algunos indios de los que vivían en ellas, y quizá todos, cuantos podía, sin haberle á él ni á otro alguno ofendido, para que Dios hiciese bien sus hechos. Llegado, pues, Nicuesa, al desembarcadero de Darien, vido á Vasco Nuñez á la ribera con muchos españoles armados, y uno, que debía ser procurador del pueblo, que á altas voces le requería, que no desembarcase saltando en tierra, sino que se tornase á su gobernación, á Nombre de Dios, donde ántes estaba, lo cual oido por Nicuesa, quedó como pasmado, sin poder por un rato hablar palabra, de ver tan súbita y contraria, de lo que traía en el pecho asentado, mudanza. Recogido en sí, dijoles: "Señores, vosotros me habeis enviado á llamar, y yo á vuestro llamado vengo, dejadme saltar en tierra y hablaremos, y oirme heis y oiros he, y entendernos hémus, y despues haced de mí lo que por bien tuviéredes." Ellos, repitiendo los mismos requerimientos, y protestando, que si descendía en tierra, que habían de hacer y acontecer, y aún soltándose cada uno con más libertad de la que era decente en algunas palabras, porque era tarde apartóse aquella noche á la mar, desviado de la tierra, dejándolos ver si otro dia estarían de aquel intento; los cuales, no sólo no se mudaron de su primera determinación, pero, empeorándose, deliberaron de prenderlo y echallo donde dañar no les pudiese. Otro dia llamaronlo para prendelle, salió en tierra, y arremetiendo como desvarian-

do á tomallo, dió á huir por la playa ó ribera del río adelante, é, como era gran corredor, ninguno le pudo alcanzar, por mucho que corriese. Ocurrió luego Vasco Nuñez impidiendo al pueblo no prosiguiese más adelante su desvario, porque temió que pusieran las manos en él. Y así, arrepentido de habelle sido contrario en su rescibimiento, de allí adelante hizo por él, y reprendió mucho á todos su descomedimiento, y refrenó al otro Alcalde ó Capitan, su compañero, Juan de Zamudio, que era el que más se mostraba contra Nicuesa, y con él era todo el pueblo.

Rogábales Nicuesa, que si no lo querían por Gobernador, que lo tomasen por compañero; respondían, que no querían, porque se entraría por la manga y al cabo saldría por el cabezon. Replicaba Nicuesa, que si no por compañero y en su libertad, lo tuvieran aprisionado con hierros, porque más quería morir entre ellos que no en el Nombre de Dios de hambre, ó á flechazos de indios ser muerto. Añidia más, que se doliesen de 12,000 castellanos que había gastado en aquel viaje y armada, y los grandes infortunios que había padecido por ello. Ningun partido ni razon le admitieron, antes cada uno mofaba dél y le decia sus baldones y afrentas. Vasco Nuñez trabajaba mucho con el pueblo que le admitiesen; uno, llamado Francisco Benítez, que era más que otro locuaz, y que mucho se allegaba con Zamudio, el otro Alcalde, dando voces, dijo que no se había de recibir tan mal hombre como Nicuesa. Vasco Nuñez, muy de presto, antes que su compañero se lo pudiese impedir, mandóle dar cien azotes, los cuales llevó áuestas, y viendo que no podía ir contra el torrente y furia de todo el pueblo, envió á decir á Nicuesa que se recogiese á los bergantines, y que, si no viese su cara, no saliese á tierra dellos. Nicuesa temiendo que no le prendiesen, mandó á ciertos ballesteros suyos que estuviesen metidos en cierto cañaveral, mandándoles que cuando él hiciese la seña, diesen en ellos. Sacó poco fruto de sus ballesteros, porque vinieron, un Estéban de Barrantes y Diego Albítez y Juan de Vegines, á decirle de partes de todo el pueblo, que habiendo tratado de aquel negocio, habían determinado de recibille por Gobernador, como lo era, con que les perdonase la resistencia que hasta entonces se le había hecho, porque en fin era pueblo, y que á los pri-

meros ímpetus no se suele tener tanto acuerdo y miramiento.

Nicuesa, no siguiendo el consejo que Vasco Nuñez le había dado, deste ofrecimiento fingido fué, más de lo que debía, crédulo, y no llamando á los suyos, salió de sus bergantines, y púsose en las manos de los que morían por deshacelle. Vino luego Zamudio con mucha gente armada y prendióle, mandándole, so pena de muerte, que luego se partiese y no parase hasta presentarse en España ante el Rey y los de su Consejo; y díjose que le constringieron á jurar, con amenazas que le hicieron que lo matarían, que se presentaría en la corte ante el Rey. Visto Nicuesa claro su perdimiento, díjoles la maldad y traicion que contra él cometían, porque aquella tierra donde estaban entraba en los límites de su gobernacion, y que ninguno podía en ella poblar ni estar sin su licencia, y el que allí estuviere era su súbdito y sujeto á su jurisdicción, porque él era en todo aquello Gobernador por el Rey, é porque le querían echar donde muriese con tan mal recaudo de navío y bastimentas, que protestaba de se quejar ante el juicio de Dios de tan gran crueldad, como contra Dios y contra el Rey, y contra él cometían, cuando no padiese quejarse ante el Rey. Ninguna cosa les movió á que templasen su furibundo y bárbaro tumulto y confusion, y así lo llevaron preso hasta metello en el más ruin bergantin que allí estaba. No se si de industria escogieron el peor, pero al ménos fué un bergantin viejo y harto mal aparejado, no sólo para llegar á España, como ellos le mandaban, ni para esta isla, pero ni aun para poder, seguramente al Nombre de Dios, que de allí estaba 50 léguas, ir con él.

Embarcáronse con él 16 ó 17 personas, de 60 que le habían quedado, criados suyos, y otros, que, de lástima, seguir y acompañarlo quisieron. Hizose á la vela con su bergantin, primer día de Marzo de 1511 años, el cual nunca jamás pareció, ni hombre de los que con él fueron, ni donde, ni como murió; algunos imaginaron que fué á aportar en la isla de Cuba, y que allí los indios lo mataron, y que, andando ciertos españoles por la isla, hallaron escrito en un árbol, con letras esculpidas ó cavadas: "Aquí feneció el desdichado Nicuesa;" pero yo creo que esto es falso, porque yo, uno de los primeros en aquella isla, y que anduve por ella con otros, en sus principios, mucha tierra, nunca vi ni oí que hubiera tal nueva. Lo que por

más cierto se puede tener es, que como él llevase tan mal recaudo de navío, y las mares de por estas tierras sean tan bravas y vehementes, la misma mar le tragaria fácilmente, ó tambien, de pura hambre y de sed, muriese, como no llevase sobrado, ni aun el necesario bastimento. Díjose que, antes que Nicuesa partiese de Castilla, uno que trataba de juzgar y pronosticar las cosas venideras por astrología, dijo á Nicuesa, que no partiese tal día ó en tal signo; respondióle Nicuesa, que pues más cuenta tenia con las estrellas que con Dios, Hacedor dellas, que no traeria consigo á un hijo suyo que consigo traia. Tambien yo me acuerdo haber, por aquellos tiempos, cierta cometa sobre esta isla, y, si no me he olvidado, era de forma de un espada, y como que ardia, y dijeron que un fraile había entonces avisado á alguno de los que con él iban: "Huid de este Capitan, porque los cielos muestran que ha de ser perdido." Lo mismo pudiera decir de los que iban con Alonso de Hojeda, puesto que la misma persona de Hojeda no padeció tan calamitoso fin, pues murió en esta ciudad, en su cama, como dicen, pero su gente harta mala ventura tuvo, pues tantos rabiando, de la hierba ponzoñosa, murieron.

Considere aquí el lector el fin que hicieron estos dos primeros Capitanes, que de propósito procuraron pedir gobernacion y autoridad del Rey, para entrar en la tierra firme, á inquietar, infestar, turbar, robar, matar, captivar, y destruir las gentes della, que, viviendo en sus tierras tan apartadas de las nuestras, ni nos vieron, ni oyeron, ni buscaron, ni en cosa nos ofendieron.

Advierta eso mesmo, qué postremería fué la de 800 hombres que consigo trujo Nicuesa, pues no le quedaron sino 60 cuando vino al Darien, y de aquellos se ahogaron ó perdieron con él 16 ó 17, y de aquellos 43 que restan, el uno fué Francisco Pizarro, que mataron á estocadas en el Perú, que descubrió y destruyó, y los demas, Dios sabe el fin que hicieron, y cuán amargas y tristes y desventuradas muertes, y con cuántas angustias y trabajos, hambres y sedes, cansancios y aficciones, murieron. Y de la gente de Hojeda, no escaparon, de 300, 30 ó 40, porque los que asentaron en el Darien, todos eran, ó los más, de los que trujo el bachiller Aaciso, y de los que con Colmenares vinieron. Es bien, no ménos, mirar y notar si estas muertes y perdiciones de estos Capitanes, ó Gobernadores primeros y de sus gentes, si fueron milagros con los que Dios y su recto juicio y justicia, quiso aprobar y justificar las demandas que traian, y los fines que pretendian; item, si por ellos se aprobaron y justificaron las obras semejantes, y los fines é intentos mismos que los Gobernadores y Capitanes, que despues destos, en aquella tierra firme sucedieron, perpetraron, trujeron, cometieron y pretendieron; creará cualquiera cristiano que no, porque aun las mismas sus postrimerías de todos ellos dieron fiel testimonio dello, como referirá toda esta historia, si place á Dios, en todos los libros que por escribir quedan. Y porque todo lo que resta de decir destas Indias, sale del año décimo, y, por consiguiente, pertenece al libro tercero, por ende á gloria de Nuestro Señor, con lo dicho aquí, el segundo fenecemos.

*Laus Deo, pax vivis, requies defunctis.*